

## «VIVO QUIERE DECIR PRESENTE»

### Testimonios\* - 3



Foto de Luigi Ghirri, *Caserta*, 1987. De la serie *Un pie en el Edén*. © Herederos de Luigi Ghirri.

# Testimonios

**Cantos:** *Eso que tú me das*  
*La strada*

**Andrea Mencarelli.** ¿Se puede cantar la vida hasta el fondo? El Cartel de Pascua dice así: «Los hombres, jóvenes y no tan jóvenes, necesitan una cosa en última instancia: la certeza de la positividad de su tiempo, de su vida, la certeza de su destino», eso es lo que nos hace cantar hasta el fondo, hasta el final. Y sigue diciendo: «“Cristo ha resucitado” es la afirmación de que la realidad es positiva; se trata de una afirmación amorosa de la realidad. Sin la resurrección de Cristo nos queda solo una alternativa: la nada». Esto es lo que aquellas mujeres conocieron la mañana de Pascua, la positividad de la realidad: Él vivo, tangible, más fuerte que el mal, victorioso ante la muerte. Precisamente a partir de ahí podría nacer una pregunta, o incluso una objeción envidiosa: «Esa es una noticia estupenda para los de hace dos mil años, pero ¿y ahora, en el presente?». En *Un brillo en los ojos*, Carrón escribía esto: «Jesús introdujo a sus discípulos en la conciencia de su relación con el Padre [...]. Y a nosotros, hoy, ¿quién nos introduce en esta relación? Es Cristo quien nos introduce siempre en la relación con el Padre. ¿De qué modo?». A través del carisma, como hemos visto en la Escuela de comunidad y como nos contaban las contribuciones que leíamos ayer. A »

\* Los testimonios de Alfonso Calavia y Gabriele Giorgetti en el Triduo pascual de Gioventù Studentesca durante el Sábado Santo (3 de abril de 2021).

» través del carisma significa a través de rostros con nombre y apellidos, miradas humanas que podemos encontrarnos y que constituyen –sigue diciendo *Un brillo en los ojos*– «un fuerte apoyo, una llamada sugestiva y convincente a vivir en plenitud, con inteligencia y creatividad, la experiencia cristiana»<sup>1</sup>. No tenemos que inventarla, solo debemos acogerla. Por este motivo, esta mañana nos encontraremos con dos rostros con nombre y apellidos, con los que poder dialogar.

La primera persona que vamos a escuchar viene de España (¡de España vienen un montón de cosas buenas!), se llama Alfonso y tal vez alguno ya lo conoce. En el número de febrero de *Huellas* –que es la revista más bonita del mundo y sabed que, si la veis por casa, merece la pena hojearla y leerla... no está reservada para los adultos, no es el folleto de las ofertas y contiene regalos más valiosos– hay un artículo que habla de él. Pero hoy lo tenemos “en carne y hueso” porque es mucho más bonito poder escucharlo. Hola Alfonso.

**Alfonso Calavia.** ¡Hola Andrea!

**Mencarelli.** ¡Gracias por estar con nosotros, bienvenido! Luego te presentarás, solo diré la razón por la que he querido invitarte. Como decía, leí en *Huellas* un artículo precioso que cuenta el trabajo increíble que estás haciendo desde hace un tiempo todas las mañanas, con una paciencia casi monástica: una reseña de prensa diaria. La curiosidad que me brotó es la siguiente: a diario, muchos de nosotros sentimos alergia a la realidad, el mundo tiene alergia a la realidad, y podríamos pensar que cuanto menos sepamos, mejor. En cambio, el trabajo que tú haces entra en la realidad. Por eso quería pedirte que nos contaras sobre todo quién eres y luego qué buscas en este trabajo.

**Calavia.** ¡Hola a todos! No puedo evitar empezar diciendo, Andrea, que la llamada que me hiciste (¡años después de la última vez que nos vimos!) me ha hecho retomar toda esta “historia de amor” que vino en mi busca. Te conocí en La Thuile, en el CLU (Comunión y Liberación Universitarios) hace años y esta historia continúa misteriosamente, por lo que ya solo el gesto de tu llamada me hace bien. No sé si lo que voy a decir podrá ayudar, pero tu llamada ha sido una ocasión preciosa para retomar esta “historia de amor” que es mi propia vida. Andrea me ha pedido que hable en italiano, así que es culpa suya si no entendéis dos de cada tres palabras. ¡Es todo culpa suya!

Respondo a la primera pregunta. Me llamo Alfonso, me casé hace dos años con una mujer guapísima, María. Soy profesor de instituto y llevo en el movimiento quince años, exactamente (después lo cuento) desde las 16:50 horas del 21 de septiembre de 2006. Antes de conocer el movimiento nunca había leído un periódico. Es un dato curioso, pero puede ayudar a entender el alcance que tiene la propuesta del movimiento en mi vida. Antes de leerlos algún artículo que me impresiona, debo confesar que me gusta muchísimo estar cerca de las necesidades de la gente. Yo pensaba que en los periódicos solo se hablaba de política, de ideología, de un bando o de otro, pero he descubierto que no es verdad. Podréis comprobarlo vosotros mismos. Mucha gente escribe de lo que le sucede cada día. Se despiertan y empiezan a escribir de lo que les preocupa. Leyendo la prensa se entiende mejor que la necesidad lucha contra la nada. Tal vez sea una estupidez, pero mientras leo ciertos artículos que hablan del corazón, sonrío y digo: «¡Caramba, está luchando contra la nada, contra el escepticismo!».

Muchas veces juzgamos a la gente por lo que piensa. Yo leo periódicos de izquierdas, de derechas, progresistas, de todos los colores, y veo que la necesidad del que escribe es más auténtica que la ideología que profesa. Uno puede decir una burrada contra la Iglesia –que »

<sup>1</sup> J. Carrón, *Un brillo en los ojos. ¿Qué nos arranca de la nada?*, Huellas. Madrid 2020, pp. 125, 127.

» es mi casa—, pero al día siguiente habla de su hija, y eso que dice me interesa. Alguien puede pensar que esto es imposible y que no hay que leer a alguien que dice burradas de la Iglesia. En cambio, yo creo que cada uno se encuentra en un punto del camino, y me parece muy interesante ver cómo lo expresa. Además, siempre pienso en lo que dice Julián Carrón, que el sentido religioso es la verificación de la fe. En virtud de la fe que vivo, puedo comprender y ver mejor, puedo mirar con más intensidad el deseo de los demás y también el mío.

Lo último que digo antes de leerlos un par de artículos es que estos tanteos de ciertas personas forman parte de un camino humano precioso. Creo que no hace falta que cada artículo contenga la trayectoria humana completa porque haber encontrado este lugar —el movimiento— hace quince años me permite reconocer en lo que expresa la gente un grito en busca de un sentido último de la vida, ese sentido que nosotros hemos encontrado por gracia. ¡Imaginaos dónde estaríamos si no!

Leo un primer fragmento de un artículo. Lo tenéis también en *Huellas*<sup>2</sup>. Escribe un periodista a finales de 2020: «El año que se marcha no regaló belleza al mundo. A la luz ya no le urge venir a vernos. La buscamos en todas partes. Esperemos que el año que viene caiga belleza del cielo para todos los hombres y mujeres de este planeta». Uno podría decir: «Pero nosotros hemos encontrado esa luz» y cerrar el periódico. Yo no, ¡porque ahí hay un grito! Para mí, decir «el año que se marcha no regaló belleza al mundo» es lo mismo que decir: «Luz, ¿puedes venir, por favor?». Es como un grito. Delante de todos los lectores de este diario progresista, uno decide hablar de esto. ¡Impresionante! Otro, que siempre habla de política, escribe un día: «Qué fue de las fotografías de los abuelos, qué del triciclo, qué de la ortografía y la sintaxis, qué de las risotadas del alcohol. Qué me pasa esta tarde, qué cosa soy, de dónde». Llena todo el artículo de preguntas, para quien quiera escucharlas. A veces me sorprende que una misma persona pueda escribir cosas tan profundas y al día siguiente emitir juicios políticos y culturales que no comparto. Si yo no me hubiera encontrado con el hecho cristiano, estaría igual que él, ¡de hecho a veces aún lo estoy! El último artículo —¡impresionante!— parece un relato de Julián. «Un hombre joven nos cuenta que vive con un animal extraño, que no acierta a definir. Herencia del padre, algo le hace hablar de él como si fuera un hecho divino. Se lo enseña a cuantos vienen a visitarle, especialmente a los niños del vecindario. Y enseguida pasa a contarnos una de sus costumbres más extrañas. Saltar sobre su regazo y poner el hocico en su oído, como si tratara de decirle algo. Para ser complaciente asiente con la cabeza. Se habla de un animal que tenemos y con el que no sabemos qué hacer. Un animal que nos causa tanto desconuelo como felicidad, y que nos pide cosas que, aunque no estemos capacitados para cumplir, se empeña en que hagamos. ¿Por qué no puedo evitar hacerle caso? Por qué todas las personas que me han amado me preguntan por él y quieren que se lo enseñe. ¿No recuerdas cómo me volví para preguntarte si acaso esa criatura absurda era el corazón humano?». Una mañana, mientras estaba preparando la reseña de prensa para el movimiento en España, de repente me topé con esta persona, que un día normal decide hablar del corazón como de un animal que te pide cosas a las que no puedes decir no. Entonces pensé que lo que hemos encontrado es real, ¡verdaderamente real y útil para comprender los problemas, las preocupaciones más profundas y grandes de la gente!

Ante un periodista así, es como si lo conociera sin haberlo visto nunca. No *es como si*, sino que *lo conozco* sin haberlo visto nunca, de la misma manera que conozco a don Giussani sin haberlo visto nunca en persona. ¿Por qué? Porque la experiencia es totalmente idéntica. Yo también tengo este corazón, este «animal extraño» que me pide cosas, al que no puedo decir no. Esto es lo más hermoso que tengo, y también lo más extraño. ¡Él no sabe que le conozco, pero nos conocemos! A veces he intentado escribir a algunos de estos periodistas, y alguno »

<sup>2</sup> A. Calavia, «España. En busca de lo humano», de P. Ronconi, *Huellas Litterae communionis*, n. 2/2021, p. 24.

» responde. Es una sorpresa increíble. Después de presentar en España un libro de Julián, *El despertar de lo humano*, busqué el correo electrónico de una periodista y la escribí citando lo que más me impresionaba de sus artículos. Quedamos a comer juntos y ella me contó que una empresa de comunicación le había sugerido que dejara de escribir sobre el corazón porque la gente se bloqueaba con sus artículos, muy profundos y muy serios, mientras que debería escribir de cosas banales porque así la gente los lee. Me decía: «¡Tú has hecho todo lo contrario!». Había elegido veinte artículos suyos —entre doscientos que había leído— que hablaban precisamente de temas que iban hasta el fondo de cada uno de nosotros. Esa fue la primera sorpresa para ella: «¿Pero por qué me pides que hable justo de los artículos que me han dicho que debo dejar de escribir?». Es impresionante. Durante aquella comida me pidió que la ayudara con sus redes sociales. La primera sorpresa es: ¿por qué yo puedo mirar así? ¿Cómo es posible que leer esos artículos sea un bien para mí? Luego vino el regalo de que ella se diera cuenta. A veces el Señor nos da la posibilidad de ver eso también, pero para mí ya es un bien mirar así a la gente.

**Mencarelli.** Gracias, Alfonso. La segunda pregunta nace de lo que contabas: ¿cómo es posible? «¿Por qué tú has hecho lo contrario?», te decía esta periodista. ¿De dónde nace esa diferencia? Al principio has tenido la precisión de indicar que perteneces al movimiento desde las «16:50 horas del 21 de septiembre de 2006». «Era como la hora décima», podríamos parafrasear. La segunda pregunta, por tanto, es esta: ¿de dónde nace?, ¿qué pasó?

**Calavia.** Pido perdón ante todo por mi italiano, y también porque puedo echarme a llorar. La diferencia nace de una historia de amor increíble. Brevemente, diré que tengo una familia preciosa —¡preciosa de verdad!—, pero cuando llegué a los catorce, quince, dieciséis años, no sabía para qué vivir. Nunca he hecho grandes burradas, no he probado las drogas, sencillamente vivía sin saber por qué. A los quince o dieciséis años, conocí en mi colegio a un grupo majo de amigos, el único cuya amistad me hacía desear que fuera para siempre, digamos. Recuerdo perfectamente que a veces nos hacíamos promesas de eternidad: «La universidad no podrá separarnos, seremos amigos para siempre». Esto era en los últimos tres años de instituto. Pero bastaron los tres meses del verano de 2005 —al terminar el colegio— y ya no quedaba nada de lo que había vivido con esos amigos. Al cambiar el tiempo y el espacio, la amistad se acabó. Cuando empecé la universidad, pensaba: «Si en el colegio nada dura, ¿por qué en la universidad tendría que durar algo, una relación que empiece ahora?». De modo que hice amigos desde el primer día de universidad, como todo el mundo, pero con la conciencia de que todo acabaría. Eso me hacía daño porque aquellos años solo tenía clara una necesidad, solo tenía claro de verdad un deseo, y era que las cosas durasen. Pero no sucedía. Y eso me causaba un vacío increíble por dentro.

Llegamos así al 21 de septiembre de 2006, que era además el día de mi cumpleaños. Iba en el metro (¡impresionante, sucedió en el metro de Madrid!) y en mi vagón había veinte o treinta chavales del CLU (yo no sabía qué era el CLU). Uno de ellos se acercó y me dijo: «Hola, ¿quién eres?». No sé vosotros en Italia, pero en España no es normal que, cuando vas solo en el metro, uno se acerque y te pregunte quién eres. Le respondí: «Soy Alfonso», pero por dentro pensaba: «No sé por qué carajo te interesa saber quién soy». En la siguiente parada se bajaron del metro, pero yo no. Solo más tarde me enteré de que ese chico pensaba que yo era uno del grupo y por eso, para presentarse, se me había acercado preguntándome: «¿Quién eres?». Misteriosamente, al día siguiente, 22 de septiembre, me llama un número desconocido. Era David (el chico que se me había acercado el día anterior). Obviamente, no le había dado mi número de teléfono, pero él decía que mi cara le sonaba, así que, mediante mi hermano y un amigo de un amigo, él, que es una persona bastante especial, buscó mi »

» número, me llamó y me dijo que iba a ir con sus amigos a una cena para preparar una caritativa. Yo no sabía qué era una caritativa pero, por miedo o vergüenza de decirle que no por teléfono, le dije que sí y fui. Cuando llegué (aquel 22 de septiembre) me encontré en medio de una cena que para mí era una novedad. Ahora quizá estamos acostumbrados a este tipo de cenas, pero entonces yo no estaba acostumbrado a ver a cuarenta personas de edades distintas cenando juntos. Había también un italiano, uno de primero de carrera, otro de quinto, otro de no sé dónde, un grupo que me parecía totalmente extraño. Uno de ellos estaba hablando de por qué hacer una caritativa con mendigos y vagabundos en una plaza de Madrid. Yo me quedé fuera de pie y le dije al chico que había conocido en el metro el día anterior: «No sé qué es esto, pero es como si fuera un inicio de respuesta a lo que llevo en el corazón», porque parecía una amistad verdadera, posible incluso entre gente de edades distintas. Yo nunca había tenido un amigo de una edad distinta de la mía. Volví a casa y esa noche no dormí ni un minuto. Al día siguiente es como si ya supiera adónde ir. ¡Increíble!

Esa semana, la última de septiembre de 2006, hice todo con ellos – todo, todo con ellos. Empecé a disfrutar de la vida estando sencillamente con ellos, haciendo cosas normales. Todo eso me parecía totalmente imposible. Nueve meses después, aquel amigo se marchó, entró en el monasterio de la Cascinazza y yo seguí yendo a la Escuela de comunidad, jugando al fútbol, tomando cervezas, etcétera, es decir, seguía haciendo las mismas cosas. Yo estaba en otra universidad, pero iba a estudiar a la suya solo por estar con ellos. Lo impresionante es que cuando mi amigo se fue –no sé cómo decirlo– la gente del CLU, seguramente con toda su buena intención, me decía: «No te preocupes porque no es él, sino Cristo». Pero me daban ganas de mandar a paseo a los que me decían: «No te preocupes porque no es él». Yo estaba triste, porque estaba estudiando algo que no me gustaba y no tenía el valor de decir: «Tengo que dejarlo. He conocido a un hombre con un rostro, con nombre y apellidos, con él he empezado a ser feliz, verdaderamente feliz, a disfrutar de la vida de verdad, con una intensidad absolutamente nueva, y ahora no lo voy a ver más». Para mí aún no existía el problema de si era él u “otro”. Yo decía: «No me interesa este Cristo o este “Tú” del que habláis, a mí me interesa estar con mi amigo y ahora ya no puedo estar con él». La pregunta creció, obviamente. Antes de que se fuera, le vi un minuto y le dije: «¿Cómo es posible que me haya pasado toda la vida buscando esto y ahora tú te vayas?». Me respondió: «Mira, a mí me pasó lo mismo hace diez años con alguien en un lugar muy concreto. Y a él también le pasó con otro. Y si seguimos hacia atrás veinte o treinta veces llegamos a Jesús, a san Pablo, a Pedro y a Juan». Era la primera vez que oía hablar del cristianismo como una historia de amor, una historia humana. Ves tal diferencia humana en una persona que casi no puedes evitar seguirla.

Dejándome con esta hipótesis, se marchó y yo seguí en el CLU. Lo asombroso –lo digo rápidamente– es que pude vivir la misma experiencia, no *como* me pasó con él, sino *lo* que me pasó con él, año tras año, un mes tras otro, nunca diferente de la experiencia inicial. Ahora no me cambiaría ni por un instante con el Alfonso de antes, desde que aquel día, por conocer a aquel hombre, me enamoré completamente de la vida. No cambiaría ni un minuto el pasado por lo que sucede hoy, porque lo que pasó en el CLU después de su marcha fue como un camino de conocimiento de lo que había sucedido al conocerle: había sucedido Cristo, Aquel que celebramos hoy, y es evidente que Él es quien me permite ser feliz en cada instante.

Podemos estar en bachilleres o en el CLU pensando que es un ámbito de relaciones bonitas –que es verdad– pero cuando un amigo se va, eso no se sostiene. En cambio, entender que lo que pasó es que el Misterio que hace todas las cosas se había hecho carne, te ha salido al encuentro, te ha buscado y te permite ser feliz, eso es otra cosa. Y es algo que se manifiesta muchas veces en un ámbito de relaciones preciosas, pero sin el camino de conocimiento que Julián, gracias a Dios, hace con nosotros, que Nacho hace con nosotros, me habría perdido »

» lo mejor, realmente. ¿Me queda algo de tiempo para poner dos ejemplos sobre esto?

**Mencarelli.** ¡Adelante!

**Calavia.** ¡Gracias! El primero (no es fácil contarlo): hace un mes llego a casa y mi mujer, que es médico, me dice: «Oye, tengo que decirte una cosa». Estaba muy seria y yo no sabía qué había pasado. Me dice que se ha enterado (curiosamente antes que yo y que mi familia, porque trabaja en el hospital) de que mi madre tiene diez tumores en los pulmones: cinco y cinco. Mi madre todavía no lo sabía. En estos casos no puedes hacer como si nada, ¡os lo aseguro! Me tocó a mí ir a casa de mi familia para comunicarlo. Imaginad lo que puede sucederle a un hijo como yo, de treinta y tres años, que llega a casa de su madre para decirle que tiene cáncer de pulmón. Lo primero que hizo mi madre fue mirar a mi padre y decirle: «Pero yo sé adónde voy, ya sea ahora o dentro de cinco años, por esta u otra enfermedad, o por otra situación». Me dije: «¿Pero cómo es posible?». Cuento el ejemplo entero. Después de la primera operación de pulmón (porque tuvieron que operarla dos veces, cada una en un pulmón), que fue muy bien, yo estaba muy contento por su salud, pero al llegar a casa escribí a mi madre: «Pero la verdadera alegría es por la fe», es decir, por el hecho de saber adónde va uno. Es verdad lo que celebramos en Semana Santa porque cuando te dicen que tienes diez tumores en los pulmones puedes llegar a decir: «Sé adónde voy». Esta experiencia la he vivido en el movimiento, en este camino de conocimiento que nos propone Julián. Esta diferencia humana llega hasta la esperanza, una posición distinta –totalmente distinta, casi imposible de imaginar antes de que suceda– que permite estar y reaccionar así ante la enfermedad. Casi me escandalizo de mí mismo al decir: «¿Por qué la verdadera alegría es por la fe y no por la salud?». Porque alegrarse simplemente por la salud, en el fondo, está bien pero solo dura hasta la próxima mala noticia. El 21 de septiembre de 2006 entró en mi historia un rostro con una diferencia humana evidente, que trasciende el límite de las posibilidades humanas, completamente, hasta hacerme llegar a decir: «Tú, Tú has entrado en mi historia, me has buscado y me haces estar tranquilo, haces que mi madre esté tranquila ante algo así». Por eso se puede dar la vida, por eso uno puede casarse, por eso uno puede trabajar, por eso uno puede estar contento todos los instantes de su jornada. Esto sucede, sucede ahora: veinte días después de la segunda operación estoy absolutamente contento por la fe. Me despierto pensando en esto. Os parecerá un poco extraño, pero me despierto pensando en el movimiento, me despierto pensando en lo que ha pasado en mi vida.

La última cosa es la siguiente. Hace cuatro años me compré un coche espectacular y hace una semana me llama el que me lo vendió. Era sábado (le he visto dos o tres veces en mi vida, hace cuatro años). Al descolgar el teléfono, pensaba: «Qué raro que me llame un sábado, querrá decirme algo del coche», pero empieza a hablarme de su hija. Le digo: «Soy Alfonso Calavia, un cliente, creo que te has equivocado de número, no sé por qué me estás contando esto». «Pero tú eres profesor, ¿no?». «Sí, soy profesor, pero...». Entonces me dice que hace cuatro años, en el concesionario, mientras me vendía el coche yo le conté dos o tres cosas de mi trabajo, y empieza a contarme que su hija está triste, que no va bien en el colegio y que no sabe qué hacer. Luego me pregunta: «¿Qué debo hacer?». Yo pensaba: «¿Pero es verdad lo que me está pasando?». Para empezar, no tiene con quién hablar de su hija, de la educación de su hija, y llama a un cliente al que hace cuatro años le vendió un coche, eso ya es impresionante. Pero luego me dice: «Hace tres años te vi apasionado por la educación y por eso pensé: “Le llamo y le pregunto qué hacer”». Parecía la historia del *Gemoll*<sup>3</sup>, el diccionario de griego que Giussani esperaba cuando era seminarista. Nunca llegaba, hasta que un día por fin llegó. Entonces me dice: «Vivo a 50 metros de un colegio» –un colegio del »

<sup>3</sup> Cf. A. Savorana, *Luigi Giussani. Su vida*, Encuentro, Madrid 2015, p. 68ss.

» movimiento; solo hay dos en Madrid, ¡era imposible que uno de ellos estuviera justo al lado de su casa!—. Así que decidió cambiar a su hija de colegio por una llamada de tres minutos, y eso me hace pensar: «Pero tú, Cristo, que eres tan concreto que en 2006 entraste en el metro de Madrid, lo cambiaste todo, me hiciste cambiar de universidad (porque después de aquel encuentro dejé Economía, me matriculé en Filología y ahora soy profesor de Lengua y Literatura española; todo cambió, hasta mi manera de mirar la prensa o las relaciones), ¿qué haces con un director de concesionario de coches para que me llame y me hable de la tristeza de su hija, sin saber qué hacer?». Y me dije: «¡Madre mía, qué historia, qué historia de amor!».

Andrea, me preguntabas de dónde viene esta diferencia. Sencillamente, de una historia de amor, que ha sido posible y ha crecido sin detenerse nunca por haber seguido el carisma. Nada más, solo por haber seguido esa indicación que me dio mi amigo antes de irse al monasterio: «Solo tienes que seguir aquí y lo entenderás todo». Apenas he llegado a “entender” algo, pero soy feliz. No es normal que uno pueda afrontar las cosas, que pueda despertarse y decir: «¡Gracias!». No es normal estar aquí con vosotros y, con todo el temblor que me suscita, decir: «No soy yo». Ahora puedo decir por experiencia: «No soy yo, yo soy “Tú” que me has encontrado y has cambiado toda mi vida hasta hoy, y lo sigues haciendo». Él entró en mi vida y todo está en relación con Él, a un nivel que es totalmente de otro mundo.

Pido perdón si he hablado demasiado.

**Mencarelli.** ¡Gracias! Hemos cantado «*Por todo lo que recibí / estar aquí vale la pena [...] Ahora sé que no estoy solo*»...<sup>4</sup> Así es mi español, ¡nada que ver con tu italiano! Te lo agradecemos, te lo agradezco muchísimo, por ese ímpetu de vida que has descrito y que esperamos poder retomar. ¡Gracias, Alfonso! ¡Feliz Pascua! Un saludo también para María.

**Calavia.** Gracias a ti, amigo.

**Mencarelli.** Pero esto no es todo, como decía un famoso presentador, porque después de Alfonso desde Madrid tenemos también a otro amigo, Gabriele de Milán –más concretamente, Dergano– al que también hemos invitado esta mañana a dar un paso con nosotros. ¡Bienvenido! A él quería preguntarle: ¿cómo maduraste tu decisión? ¿Cómo viviste tu época en el instituto y qué pasó para ponerte en movimiento?

**Gabriele Giorgetti.** Si hoy estoy aquí es porque en mi vida siempre he reconocido a alguien que ha tenido una estima, un afecto, un amor, una mirada hacia mí más grande e interesante de lo que yo era capaz.

La ocasión de hablar con vosotros es para mí la posibilidad de retomar mi época de estudiante en el instituto.

Crecí en Milán, en una familia católica e iba a un instituto público de ciencias. No era muy extrovertido, nunca jugué al ataque en mis relaciones, siempre esperaba que fueran los demás los que dieran un paso adelante. Era un chico normal, bastante mediocre, quizás porque en mi comportamiento no había rasgos especiales que pudieran destacar.

Probablemente tampoco era muy simpático, la única simpatía evidente que alguien me mostraba era la secretaria de administración. Pero eso no puede ser precisamente un motivo de orgullo.

En definitiva, mi adolescencia no tuvo ningún acontecimiento digno de mención, más allá de que en tercero me nombraran delegado de clase, y esto tampoco fue por mi diplomacia »

<sup>4</sup> Jarabe de Palo, «Eso que tú me das», del álbum *Tragas o Escupes*, © 2020 Tronco Records.

» o dialéctica, sino solo porque conocía al subdirector, que era muy amigo de la secretaria de administración.

Recuerdo las tardes con mis compañeros de clase, recuerdo un local –ni siquiera sé si sigue existiendo– que se llamaba “Café Indiana” y la piscina en Corso Buenos Aires y Navigli.

Si hubiera existido Instagram, no me atrevo a imaginar cómo sería mi perfil...

Pero con todo esto sentía un gran deseo de vivir. Sin embargo, esta inquietud iba acompañada de una gran sensación de soledad. Cada experiencia que vivía me confirmaba que en el fondo estaba solo, solo con mis fatigas, solo con mi tristeza, solo con mi manera de vivir la fe, solo sobre todo con mis preguntas.

Era como si viviera en compartimentos estancos, ni me planteaba la pregunta sobre las razones por las que hacía las cosas. Los amigos servían de relleno, los reducía a un pasatiempo, el oratorio no incidía en mí para nada, ni siquiera la chica con la que salía en tercero respondía a mi sensación de soledad.

Cuando llegaba la noche, constataba que había hecho cosas, pero en realidad no había encontrado nada.

Al terminar tercero –solo añado que suspendí, pero eso tampoco me afectó en lo más mínimo– sucedieron dos encuentros que cambiaron realmente mi vida.

Mirad, chicos, no son las preguntas ni la inquietud por sí mismas lo que nos puede cambiar, sino un encuentro vivo y presente, algo que sucede. Yo pensaba que estaba solo, pero había Alguien que no me dejaba solo.

El primer encuentro fue con Juan Pablo II durante la Jornada Mundial de la Juventud en Roma.

Durante ese verano, era el año 2000, mi parroquia ofrecía la posibilidad de participar en este encuentro mundial de los jóvenes. No sabía muy bien de qué se trataba pero, tal vez porque me interesaba una chica o por la amistad que surgió con un cura, decidí participar. Allí descubrí y encontré al que creo que ha sido el mejor amigo de mi vida, Juan Pablo II. ¡No amigo de mi vida sino para toda mi vida! Sus palabras, pero sobre todo sus gestos, tenían la fuerza de sacarme de mis pensamientos y dudas: se acabó la vida anestesiada.

No sé si habéis visto imágenes de aquella jornada, pero para hacerlos una idea tenéis que imaginar dos millones de jóvenes amontonados en una explanada inmensa, un calor insoportable, canciones infumables de fondo... Y en medio de todo eso, en un momento dado, cae la noche y se vislumbra un puntito blanco que se esfuerza en llegar al centro del escenario. El Papa empieza a hablar y me fulmina con estas palabras: *«En realidad, es a Jesús a quien buscáis cuando soñáis la felicidad; es Él quien os espera cuando no os satisface nada de lo que encontráis; es Él la belleza que tanto os atrae; es Él quien os provoca con esa sed de radicalidad que no os permite dejaros llevar del conformismo; es Él quien os empuja a dejar las máscaras que falsean la vida; es Él quien os lee en el corazón las decisiones más auténticas que otros querrían sofocar. Es Jesús el que suscita en vosotros el deseo de hacer de vuestra vida algo grande, la voluntad de seguir un ideal, el rechazo a dejaros atrapar por la mediocridad, la valentía de comprometeros con humildad y perseverancia para mejoraros a vosotros mismos y a la sociedad, haciéndola más humana y fraterna»*<sup>5</sup>.

Por primera vez alguien decía algo que se correspondía con lo que yo buscaba, decía que Cristo tiene que ver con la felicidad, y sobre todo que no defrauda. No me podía creer que alguien me estuviera diciendo que podía ser feliz y me indicara un camino.

¡Yo estaba buscando –y sigo buscando aún– algo, o mejor, alguien que no me defraudara! ¡Allí, en ese preciso momento, se abrió de manera evidente para mí la posibilidad de dar mi vida por un gran ideal! »

<sup>5</sup> Juan Pablo II, *Vigilia de oración con los jóvenes*, Tor Vergata, Roma, 19 de agosto de 2000.

» Me preguntaba: «¿Se puede vivir para Cristo, anunciarlo en cualquier circunstancia y situación? Si lo hace el Papa que es anciano y está enfermo, ¿por qué no puedo hacerlo yo con diecisiete años? ¿Acaso no puedo hacerlo porque sigo sacando 3 en física?».

Aquella noche –donde pasamos de los 40 grados a los 18 por una gran humedad– recuerdo que no dormí. Era demasiado el entusiasmo y la adrenalina que aquel hombre me había inyectado. ¡Estaba dispuesto a conquistar el mundo! Mejor dicho, ¡quería que esas palabras sobre la felicidad pudieran llegar realmente a todos! ¡Me sentía rebosante y no dejaba de hacer preguntas al cura! De cualquier cosa, ¡de todo! Sobre Jesús, la vocación, el seminario... ¡pero él quería dormir!

En medio de la confusión y el aturdimiento de la noche, una idea empezó a abrirse paso en mí: «Si lo que había intuido era cierto, con el tiempo se desvelaría con toda su belleza».

Junto a este hecho tan potente, y en cierto modo tan definitivo, sucedió otro encuentro decisivo para mí. Con tantos profesores que nunca me habían valorado, llega mi nuevo profesor de Lengua, el profesor Rana. Él tenía una mirada diferente, veía que le interesaba la vida, la realidad, la humanidad, nunca había visto nada así en clase. Le interesaban tanto las preguntas sobre la vida que me confié a él y le hice partícipe de la pregunta que tenía sobre mi vocación.

Y así, después de una confesión en el Duomo, provocado por una pregunta del cura, empecé un camino de verificación sobre cuál podía ser la forma para que mi humanidad, tan llena de límites y contradicciones, pudiera florecer con toda su potencia, secundando aquel deseo de felicidad que se desató en la explanada de Tor Vergata y creció tras ese encuentro con mi profesor.

Me gustaría hacer un parangón de aquella época nada fácil de mi vida. Digo nada fácil pensando en la nueva forma que había tomado mi soledad. Tenía un deseo enorme, una pregunta grandísima y todos los que veía a diario parecían pasar olímpicamente de lo que para mí era lo más valioso.

Quizá sea una comparación un poco arriesgada, pero pienso en ese juego aburridísimo del pasatiempos semanal donde tienes que unir todos los puntos y poco a poco aparece el dibujo y descubres la imagen que otro ha pensado y diseñado para ti. En definitiva, cuando empiezas a unir los primeros puntos, enseguida tienes curiosidad y ganas de encontrar los siguientes, y llega un momento en que ya no puedes parar hasta que la imagen adquiere por fin todo su contorno y la ves. ¡La ves!

De este modo, con la invitación de aquel cura en el Duomo, empezó mi momento de “agente secreto”. El camino de verificación vocacional fue un auténtico descubrimiento de mí mismo. Ciertamente, sucedía en lo más recóndito de mi corazón –de hecho no podía hablar de ello con nadie– pero era de una claridad y evidencia que nunca había experimentado. Descubrir lo que yo era, el hecho de que la vida solo adquiera sentido en el momento en que se ofrece y se entrega, generó en mí una alegría enorme y un interés por la realidad –a decir verdad, por la física no del todo– que nunca había experimentado.

¡Así que a los diecinueve años decidí entrar en el seminario! Muy joven, ¡ni siquiera tenía barba!

No di este paso porque ya lo hubiera entendido todo, ni porque lo supiera ya todo o porque tuviera la certeza de que las cosas me iban a ir bien. Recuerdo el principio del libro *¿Se puede vivir así?*, de don Gius. No entraba en el seminario porque conociera el seminario ni lo que significa ser cura. Empezaba porque había algo que me hacía decir «vale la pena empezar». No empezaba un camino porque hubiera medido en la balanza los pros y contras, empezaba porque dentro de ese paso estaba yo, en ese paso estaba la posibilidad del todo, y por primera vez eso era lo que más me correspondía.

Empezaba un camino y apostaba por algo con la opinión de todos en contra. »

» Empezando por mis padres y mi familia. Para ellos era una locura no ir a la universidad o no intentar tener una relación estable con una chica. Incluso mi madre, para intentar hacerme cambiar de idea, empezó a mandar regalos de mi padre a una chica que conocía. Luego estaban mis compañeros de clase y mis amigos, que tampoco entendían lo que me estaba pasando. Recuerdo a mi mejor amigo de entonces, que me quería llevar a toda costa con él a Cerdeña ese verano para disfrutar de la vida en locales y playas que me quitaran de la cabeza esas ideas tan raras (no hace falta decir que al menos esa vez no fui a Cerdeña).

Los años del seminario fueron preciosos y apasionantes, el florecimiento de una humanidad que no podía explicarme y que siempre se me ofrecía en relación con Otro. Porque tú eliges, pero eliges siempre delante de alguien que te está llamando.

En el seminario conocí la belleza y la fuerza de una compañía, una compañía hacia el destino, una pasión por la Iglesia. Por primera vez descubrí qué significa tener amigos de verdad. Como decía antes, amigos de la vida y para toda la vida. Amigos con los que no podías trampear, con los que te ponías en juego tal como eras, compartiendo tus descubrimientos, dificultades y alegrías. La vida juntos era la posibilidad, al mismo tiempo, de hacer aflorar tus preguntas y de purificarlas. Aquellos años en el seminario pude volver a experimentar esa mirada de atención y de estima que, como decía al principio, siempre me ha acompañado y me sigue acompañando, y que siempre me resulta inexplicable. Todavía sigo teniendo mucha relación con ellos, nos vemos, vamos juntos de vacaciones, seguimos caminando juntos hacia el destino, en definitiva.

He madurado dos cosas que deseo compartir con vosotros para terminar.

La primera es la vocación actual. Si alguien me preguntara: «¿Cuándo supiste que debías ser cura?». La respuesta más verdadera que podría dar es: «¡Hoy!». Hoy es cuando elijo y decido ponerme en juego totalmente, ¡no me basta ayer ni mañana! Hoy, el presente se hace presente cuando digo sí a lo que vale, es decir, a algo que da valor a lo que soy. Aquel que me ha llamado no me deja, me sigue llamando todos los días, renovando su promesa de felicidad con Él.

Lo segundo es que no estoy preparado. Todos los días me doy cuenta de que racionalmente no estoy preparado para ser cura. Incluso doce años después de mi ordenación, me parece que son muchas más las cosas que no he entendido que las que he aprendido. La noche antes de ser cura, recuerdo que, intentando utilizar el misal solo en mi habitación, me repetía: «¡Pero yo no estoy preparado!». Lo único que tenía, en el fondo, era la conciencia de que lo que había sucedido no lo había creado yo. Era Otro que me llamaba a dar ese paso. El camino que hice en el seminario no me hizo más inteligente ni mejor para estar «preparado» para ser cura, me hizo más consciente de lo que deseaba en mi vida. Tenía más claro a Quién quería tener pegado mi corazón.

Esto que os estoy diciendo se me hizo evidente una noche, cuando a los veintisiete años, siendo ya cura, un responsable del clero vino a verme y me dijo: «Gabriele, allí donde tuviéramos que enviarte harás el bien». Eso no me bastaba, ni siquiera me bastaba la estima de un superior, porque responder a la vocación no es cerrar un fichero, no es decir: «Ya he entendido con quién debo estar, o qué debo ser, así que tengo toda la vida en orden». Tampoco quería decir: «Ahora tienes un poder, estás preparado para educar a los demás en la fe».

Mis primeros años de cura hacía un montón de cosas, fueron años preciosos, cada día era la ocasión de entusiasarme por lo que hacía, llenaba mi agenda de encuentros, iniciativas, propuestas, montones de cosas, que diría que iban saliendo discretamente.

Pero luego pasó algo o, mejor dicho, volvió a suceder algo. Tanto en mi primera parroquia como en Milán, me seguía encontrando con gente que vivía la experiencia cristiana de una manera más interesante y verdadera que yo, aun siendo cura.

Toda esa gente, familias, jóvenes, chavales, vivían la experiencia del movimiento de »

» Comunión y Liberación, y todas me llamaban especialmente la atención. Así fue como en un momento dado sentí la urgencia de entender cuál era el origen de esa belleza, de esa intensidad de vida que veía suceder una y otra vez.

El 26 de marzo de 2014, tras negarme muchas veces a participar en la Escuela de comunidad, decidí por fin escuchar con otros amigos la escuela de Carrón. Todavía tengo en el móvil los apuntes de aquella noche, pero recuerdo perfectamente lo que dijo Carrón, que me impactó: *«El problema es que el juicio es el inicio de la liberación. Juzgar es el inicio de la liberación porque solo cuando uno empieza a juzgar, empieza a distinguir el bien de la apariencia, y entonces, poco a poco, ve la diferencia entre el impacto sentimental y la correspondencia. El Misterio se hizo carne y nos reveló qué es la verdad, la verdadera humanidad. Si alguien aún no es capaz de sacarlo de la experiencia, tiene una indicación, no para ahorrarse la experiencia, sino como indicador en un momento de confusión: aquí algo no cuadra, la Iglesia me dice otra cosa, Jesús me dice otra cosa. Entonces no se trata simplemente de someterse a algo ahorrándose el deseo de entender, sino de ir hasta el fondo de la cuestión, porque Jesús y la Iglesia no me quieren engañar».*

Aquí empezó un verdadero camino de redescubrimiento, no porque conociera mejor la teología o porque descubriera una nueva estrategia para llenar de gente el oratorio, sino sencillamente porque empecé a entender que era necesario juzgar lo que hacía, es decir, a descubrir un método que me hacía disfrutar más de lo que ya vivía, de lo que ya tenía. En definitiva, volví a descubrir lo que era y lo que es mi relación con Cristo.

La pregunta ya no era simplemente: «¿Pero esto es correcto o no?» –como me pedís muchas veces: «¡Dime qué es lo correcto que debo hacer!»– sino la posibilidad de reconocer y sorprender lo que es verdadero para mí. ¡No es una visión moralista! Es sorprenderme por cómo Dios está presente en mi vida de una manera apasionante: Cristo es la respuesta al deseo que tengo.

La experiencia del movimiento, pertenecer a esta compañía, ha sido por tanto un auténtico redescubrimiento de las razones del origen de mi llamada.

Si tuviera que resumir estos años desde que me inscribí a la Fraternidad, diría que toda mi vida en el fondo es como un intento irónico. Donde la ironía no es el cinismo que te lleva a pensar que nada tiene valor, sino la idea de que cuanto más pequeño eres, más perteneces a Otro, que es quien hace las cosas.

Hay una imagen que usa don Gius cuando habla de los intentos irónicos, que me gusta muchísimo. Os la leo y acabo con esto: *«El cristiano, frente al hecho de que cuanto más se ama, más perfecto se desea ser –querría hacerlo pero no puede–, sonríe, porque ello le obliga a confiarse a la bondad del otro [...] que representa la misericordia de Dios (del mismo modo que la persona a la que amas es signo de la obra de Dios, del designio de Dios, también la misericordia del otro es signo de la misericordia de Dios). Esto es lo que explica la ironía sobre uno mismo, que no es tomarse el pelo a uno mismo, sino es lo contrario: comprometerse a fondo, con la certeza puesta en la bondad de otro, en la fuerza y la misericordia del otro. “¡Quién sabe por qué me quiere! [...] No porque yo lo quiera: ¡no puedo decir eso! Esta es precisamente la cuestión: que yo le quiero y sin embargo no consigo hacer nada bueno, nada perfecto. ¡Quién sabe por qué me quiere Él de todos modos!”.* Pero entre tanto tú no cejas en tu empeño, es más, se acrecienta, y de esto deriva la ironía sobre ti. Como el padre que ve a su hijo intentando arrastrar un sillón y al mirarle sonríe, pero no se ríe de él, se acerca y le ayuda. Y el niño: “No, no, no, lo quiero hacer yo”»<sup>6</sup>.

Pues bien, creo que en mi vida he logrado desplazar un poco el sillón de mis ansiedades, »

<sup>6</sup> L. Giussani, *El atractivo de Jesucristo*, Encuentro, Madrid 2000, p. 289.

» mis pensamientos, mis ideas, porque he reconocido y reconozco que siempre he tenido la mano de Alguien más grande que ha acompañado mis torpes intentos.

Este también es el motivo por el que me encanta estar con los jóvenes. Ver todos esos intentos irónicos que vivís y sorprender con ellos a Aquel que los cumple.

**Mencarelli.** Gracias, Gabriele. Esta mañana hemos escuchado muchísimas cosas, pero no hay que asustarse pensando que hay que memorizarlo todo, habrá tiempo para retomarlo, ante todo dejémonos tocar por lo que hemos escuchado.

Como reacción a lo que hemos oído me gustaría compartir con vosotros una frase de don Giussani que dice así: «Yo no logro encontrar otro motivo de esperanza que no sea el multiplicarse de [...] personas que sean una presencia. El multiplicarse de estas personas y una inevitable simpatía [...] entre estas personas»<sup>7</sup>, una simpatía que supone una gran familiaridad aunque no nos veamos todos los días.

Cuando el Misterio, el Padre, nos pone al lado de nuestros hermanos, de nuestros hermanos mayores que caminan con nosotros, como esta mañana Alfonso y Gabriele, no lo hace para compararnos con ellos, sino para suscitar nuestras ganas de caminar. Por eso deseamos y pedimos poder seguir caminando, con la ayuda del testimonio de nuestros amigos y de todos los que el Misterio nos ponga en el camino. Pasa lo mismo que con la fruta. ¿Cómo madura un plátano verde? Se pone al lado de una manzana. ¡Madura así! ¡Probadlo! De esta manera el Señor nos sigue saliendo al encuentro, se acerca a nosotros para que podamos llegar a ser adultos, frutos maduros.

Para terminar (como no tenemos que subir al autobús podemos entretenernos unos minutos), sobre el tema de caminar juntos me gustaría oír a Francesco. Estos días hemos estado siempre en contacto con él, puesto que estaba prohibido el tránsito regional.

**Francesco Barberis.** Gracias Andrea. Antes de leer los avisos, permitidme decir solo dos cosas para expresar la alegría que he sentido y siento esta mañana. Lo primero es un agradecimiento especial a ti, Andrea. Aparte del ejemplo Bastoni/Barella que no llegué a entender del todo pero que me ayudará más adelante, quería darte las gracias por cómo nos has acompañado estos días en este gesto tan decisivo en nuestra vida como es el Triduo pascual. La inteligencia que nace de la fe puede convertirse realmente en inteligencia en la manera de mirar la realidad, como hemos visto en el sobresalto que hemos experimentado en tantos momentos estos días. Qué conmoción pudimos sentir el jueves por la noche cuando Andrea nos desafiaba con esta pregunta: «¿Cómo hacer crecer la semilla?». Y Jesús responde, sigue y seguirá respondiendo siempre: «Para que vuestra alegría sea plena, permaneced en mí». Por eso, lo primero es dar gracias, gracias a Andrea por cómo nos ha acompañado.

Pero lo segundo, brevísimo, lo digo pensando en todos vosotros, chavales, pero también en los muchos adultos que estos días nos han seguido. Ayer por la mañana, Andrea nos decía: «No olvidemos que nuestra esperanza [...] no está en saber ser “como” Jesús sino en saber que Jesús “existe”», como nos recordaba antes Gabriele, viendo el video de Juan Pablo II. Nuestra esperanza consiste en arrodillarnos como ayer por la tarde delante de Su presencia, enamorados de Él, de Su mirada tan humana, tan conmovida por nuestra vida, por eso gracias.

Leo ahora el telegrama que enviaremos mañana al Santo Padre, papa Francisco:

«Santidad, más de 4.000 bachilleres de Comunión y Liberación junto a sus profesores han participado por videoconexión del 1 al 3 de abril en el Triduo pascual titulado “Vivo quiere decir presente”. “Es el momento de nuestro juicio: el tiempo para elegir entre lo que cuenta »

<sup>7</sup> L. Giussani-G. Testori, *El sentido de nacer*, Encuentro, Madrid 2014, p. 77.

» verdaderamente y lo que pasa”, nos dijo a todos desde la plaza de San Pedro el 27 de marzo del año pasado. En la gran aventura de vivir humanamente, mientras tomamos conciencia de nuestra fragilidad de pecadores, podemos seguir el camino recorrido por Cristo, que vivió toda su existencia como hijo, apoyado por completo en la certeza de su relación con el Padre. La Resurrección de Jesús también nos introduce a nosotros en ese diálogo trinitario amoroso que abraza cada una de nuestras preguntas y nos hace objeto de misericordia, llamándonos a una vida nueva. Dejándonos abrazar por la ternura de Cristo resucitado, vivo y presente en la Iglesia, podemos ir al encuentro de todos nuestros hermanos y hermanas, peregrinos como nosotros, viajando en la misma barca. Mientras imploramos su bendición especial, le aseguramos nuestra oración. ¡Feliz Pascua, Santidad! Francesco Barberis y Andrea Mencarelli».

**Mencarelli.** Gracias, Francesco. ¡Feliz Pascua! Lo mejor que nos podemos desear, también para nuestros padres y amigos, es cantar lo que hemos encontrado.

*Regina Coeli*